I DOMINGO DE ADVIENTO C/2009

Vivimos en una cultura de comida rápida y de mensaje instantáneo, donde todo está a nuestras manos tan rápidamente como queremos obtenerlo. Queremos que todo se haga tan rápido como sea posible. En tal cultura, la espera se hace molesta y a veces un verdadero fastidio.

El tiempo de Adviento que comenzamos hoy nos recuerda que la vida no siempre sigue su curso según nuestros parámetros y la mentalidad de nuestra cultura. Nosotros tenemos que esperar, y esperar con paciencia, hasta Cristo vuelva. Somos el pueblo al que Cristo prometió que volvería. Pero no sabemos cuando, como, y en cuales circunstancias él volverá. Por eso, tenemos que estar preparados y en vigilia hasta que la promesa sea lleve a cabo. Es lo que todas lecturas de hoy tratan de decirnos.

La primera lectura del libro de Jeremías nos recuerda la promesa de Dios a Israel de enviarles un salvador. Este será de la dinastía de David. Él gobernará a su pueblo con el espíritu de David trayendo honradez y justicia en la tierra. En aquel tiempo, Judá estará a salvo y Jerusalén estará seguro.

A pesar de la prosperidad y la tranquilidad política que algunos reyes llevaban en el país, Israel estuvo una y otra vez en la esclavitud y exilio hasta que Dios decidiera enviar a su propio hijo al mundo a fin de salvarnos. Aquella promesa se realizo cuando Jesús se encarno y se hizo hombre. Jesús sufrió y murió en la cruz por nosotros y para nuestra salvación. Después de su resurrección, él subió al cielo; pero él nos prometió venir otra vez al final de tiempo.

Este tiempo es un tiempo para esperar su segunda venida en gloria. El Evangelio de este domingo del Adviento se concentra en aquella venida final de Jesús. Este nos describe los signos y las tribulaciones que acompañarán aquel acontecimiento importante. Esto nos dice que los poderes del cielo serán sacudidos. Signos evidentes aparecerán en el sol, la luna y las estrellas. En la tierra, la gente y las naciones tendrán miedo y se quedaran perplejas cuando ellos vean y oigan el rugido de los mares y las ondas.

Estos signos, sin embargo, no deberían ser tomados literalmente, como algunos hacen y han hecho, como por ejemplo, cuando el huracán Katrina y Tsunami pasaron. Estos signos nos indican el acontecimiento de la manifestación de Dios en la segunda venida de Cristo que superará la historia humana y sus leyes. Lo que estos signos nos enseñan es que la historia humana tiene un objetivo; el cual va a algún sitio, es decir el encuentro con Cristo nuestro salvador.

Por lo tanto, tenemos que entender que no estamos viviendo una situación de espera. No todo se nos da completamente en este mundo. La vida que vivimos ahora aquí en la tierra es temporal; esta es una preparación de lo que seremos en el cielo. Debemos vivir nuestras vidas en un estado permanente de expectativa de la venida de Jesús. Debemos vivir con la certeza de que nuestras acciones presentes determinarán nuestra vida futura cuando estemos ante la presencia de Dios.

Por eso, independientemente de lo que pudiera pasar al final del tiempo con la segunda venida de Cristo, aquellos que se mantuvieron estrechamente a Jesús nunca serán sorprendidos. Ellos nunca perderán la oportunidad de verlo y alegrarse en su presencia para siempre. Jesús nos asegura que

cuando todas estas cosas comiencen a pasar, nosotros tenemos que estar en pie con nuestras cabezas en alto, porque se acerca la hora de nuestra liberación. Pero la única forma de disponernos a encontrarnos con Dios es de vivir con él cada día. La impresión del ultimo día no será para aquellos que han vivido de tal modo que ellos se han hecho amigos de Dios, pero esto será impresionante para aquellos que lo han rechazado en sus vidas aquí en la tierra.

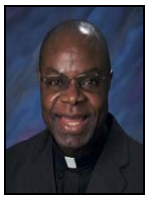
En aquella perspectiva, lo que seria malo para nosotros, es que seamos sorprendidos con el acontecimiento de la segunda llegada de Cristo sin estar suficientemente preparados. Por esta razón, aun si es verdadero que no esperamos la segunda venida de Cristo ahora, tenemos que estar, sin embargo, alertas y vigilantes. Por eso, es igualmente verdadero, e importante, de entender que Cristo puede llamarnos en cualquier momento y en el momento que nosotros menos lo esperamos. Aquel momento representa el gran día para cada uno de nosotros para los cuales tenemos que prepararnos seriamente.

Todo esto explica las advertencias de Jesús en el Evangelio para que nuestros corazones no se vuelvan soñolientos y caigamos en desanimo y ansiedad de la vida diaria. Jesús nos recomienda que estemos atentos y oremos de modo que tengamos la fuerza para evitar las tribulaciones que son inminentes. Somos responsables sobre el resultado de nuestra vida ante el Cristo el justo juez.

Es el mismo mensaje que san Pablo nos comunica en la segunda lectura. El contexto de esta lectura se refiere a la situación en la que los cristianos de Tesalónica estaban viviendo. De hecho, los Tesalonicenses estaban esperando el regreso de Cristo durante su vida. Dado que el retraso de su regreso era evidente, muchos perdieron la paciencia y vivieron en el pecado. Fue en este momento que San Pablo oró para que Dios fortaleciera sus corazones, para que puedan ser santos hasta la venida de nuestro Señor Jesús. Deberían cambiar su conducta y tratar de hacer lo que le agrada a Dios y evitar los pecados.

Como para los Tesalonicenses, el Adviento nos ofrece una oportunidad de examinar nuestras vidas y acciones. Esto nos invita al arrepentimiento y cambio de nuestra actitud ante Dios y nuestros semejantes. Nosotros tenemos que comprobar con cuidado y ver donde hemos fallado, lo que tenemos que cambiar, y como tenemos que corregirnos a fin de preparar nuestros corazones a la venida de Jesús. Tenemos que recordar que aunque el Adviento se refiera a la encarnación de Jesús así como a su gloriosa venida, el Señor viene cada día en nuestras vidas y a nuestro mundo. Sólo aquellos que están listos pueden reconocerlo ahora y, más tarde, compartir con el su gloria.

Pedimos al Señor que nos ayude a hacer del Adviento un tiempo de conversión y arrepentimiento. ¡Que él nos de el valor para cambiar nuestras vidas y conformarlas a su palabra de modo que un día compartamos su alegría y gloria! ¡Que Dios los bendiga a todos!



Jeremías 33, 14-16; 1 Tesalonicenses 3, 12-4, 2; Lucas 21, 25-28, 34-36

Fecha de Homilía: el 29 de noviembre de 2009

© 2009 – Rev. Felicien I. Mbala, PhD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El Nombre de Documento 20091129homilia.pdf